



Estudios de Asia y África

ISSN: 0185-0164

reaa@colmex.mx

El Colegio de México, A.C.

México

RAMÍREZ, CARMELINA  
EL NIÑO QUE NOS EXIMIÓ DE PAGAR  
Estudios de Asia y África, vol. XLIII, núm. 2, mayo-agosto, 2008, pp. 443-453  
El Colegio de México, A.C.  
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58611186005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica  
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal  
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## EL NIÑO QUE NOS EXIMIÓ DE PAGAR

Traducción del árabe e introducción  
JOSÉ LUIS LÓPEZ HABIB  
*El Colegio de México*

CARMELINA RAMÍREZ  
*Centro de Estudios de África y Medio Oriente  
La Habana, Cuba*

### Salah Eddin Hafiz

Nació en el oasis de El Fayum —ubicado a 70 km de El Cairo— en 1925. Inició estudios de medicina en la Universidad de Fouad I (actualmente la Universidad de El Cairo), pero los dejó inconclusos. Sus compañeros de promoción fueron los grandes escritores Yussuf Idris y Mustafa Mahmud. En 1948 inició su carrera de letras como periodista para *El garidat al misriya* y *Saut el Umma*. En ese mismo año publicó algunas novelas cortas en *El garidat al misriya*, cuyo presidente en aquel entonces era el escritor Kamal al Shenawi.

En 1951 tuvo una columna diaria en la revista *Rossel Yussif*, cuyo título fue *Intisar al hayaat* (la victoria de la vida). Participó en la edición de numerosos periódicos en colaboración con los hermanos Ali y Amin Mustafa, entre otros el diario *Ajbar al yaum* (noticias del día), que aún se publica en la actualidad.

Durante el gobierno de Abdel Nasser pasó ocho años en la cárcel. En ese periodo escribió las novelas *Al mutamadirun* (los revolucionarios), *Al qitaar* (el tren) y la pieza de teatro *Al jabar* (la noticia).

En 1964 presidió la edición de la revista *Ajer saa*. Al término de la guerra de 1973 fue nombrado redactor en jefe de la revista *Rossel Yussif* junto con Fathi Ghanem; ambos incrementaron el tiraje de la misma de 8 000 a 120 000 ejemplares por semana, lo que les dio fama de impulsores de la nueva prensa egipcia. Pese a esto, fue expulsado del mundo de la prensa por Anwar al Sadat. Desde entonces y hasta su muerte (El Cai-

ro, 1992), permaneció en su domicilio dedicado al cultivo de las plantas, a la cocina, la fotografía y a tocar el laúd.

El cuento que hoy presentamos fue publicado en 1967 en la revista *Rossel Yussif*. Tiene un estilo de narración ameno y vivaz que invita al lector a tomar parte por el personaje principal de la narración y enfatiza en la añeja y enorme diferencia que existe entre las oportunidades que ofrece la vida en el campo y la ciudad, destacando las enormes ventajas de residir en un centro urbano. Asimismo, critica acremente la enorme e incluso pesada burocracia a la que deben enfrentarse quienes viven fuera de las ciudades.

## EL NIÑO QUE NOS EXIMIÓ DE PAGAR

SALAH EDDIN HAFIZ

Los niños que estudian en escuelas son astutos, pero lo son más aquellos que aprenden en el bandar.<sup>1</sup> Sus cabezas se vuelven tan duras como piedra, no aprenden nada de agricultura, pero no discutas con ellos porque no se les puede vencer con palabras. Meten su nariz donde no les incumbe y lo raro es que todo lo que dicen se vuelve realidad.

Sucedió que un día en nuestra aldea murió un hombre llamado Sha'ban o Abdul Ghani o algo parecido. Nadie reparó en su muerte porque el hombre no tenía propiedades ni parientes ni nadie tenía cuentas pendientes con él. De cualquier manera, había que enterrarlo. Cuando revisamos sus ropas sólo encontramos treinta céntimos. Como bien se sabe, los aldeanos son seres ignorantes, jamás piensan en que han de morirse un día y que su entierro implicará gastos.

De esta forma, no quedó otro remedio que hacerle frente a los gastos, con la convicción de que un día recibiríamos una recompensa piadosa. Tuvimos que pedirle al Ministerio de Salud que enviara a un médico para que levantara el acta de defunción y nos explicara la causa de su muerte.

En la mañana temprano salimos hacia la casa del alcalde. Éramos tantos que parecía que íbamos hacia el mercado. Junto con nosotros iban mujeres, niños y uno de esos *astutos muchachos que aprenden en el bandar*.

El sheikh de la aldea llamó por teléfono al Ministerio de Salud y les informó lo que había sucedido.

El inspector preguntó:

—¿Cuándo murió?

El sheikh contestó:

—Ayer después de la oración de la tarde.

Entonces el inspector dijo:

<sup>1</sup> En Egipto, *bandar*, se refiere a la ciudad, en contraposición con el campo.

—Eso no puede ser. Las muertes deben ser reportadas a lo sumo una hora después de ocurridas.

El sheikh no sabía qué hacer. Volteó hacia nosotros pidiendo consejo. Pero a nosotros no nos importaba si Sha'ban había muerto en la noche o en la mañana. Si para las leyes había muerto en la mañana, entonces murió en la mañana. Eso le dijimos al sheikh. Nos enojamos mucho porque aunque el hombre era alto y robusto se ahogaba en un vaso de agua.

El astuto muchacho, que estudiaba en la escuela, sin que se le pidiera, nos aconsejó que nos opusiéramos a lo que decía el inspector. No era mayor de catorce años, pero su estatura y su voz se parecían a las de una cabra. Dijo que el asunto de la hora en que Sha'ban murió era importante y que alguien debía responsabilizarse. Cuando algunos hombres oyeron esto, desconfiaron e intentaron que les explicara más.

De repente el muchacho dijo:

—Si nosotros mentimos al decir que Sha'ban murió hoy en la mañana, cuando el doctor llegue y lo examine se dará cuenta y pedirá dinero para no denunciarnos ante el delegado.

En realidad no entendíamos muy bien cuál era la relación que había entre el médico, el delegado y la hora en que el hombre murió. Pero la mención de la palabra dinero sí nos preocupó. Cuando le pedimos al muchacho que nos volviera a explicar tampoco entendimos ni una palabra de lo que dijo. Nuestra preocupación aumentaba, pero tampoco teníamos elementos que nos demostraran que el muchacho no mentía.

En semejante situación, al hombre inteligente sólo le queda mantenerse alerta y no arriesgarse. Entonces pensamos y le pedimos al sheikh que dijera la hora real en que había muerto Sha'ban.

El inspector insistió en que la muerte sólo podía haber ocurrido en la mañana y dijo que las disposiciones oficiales no eran juego de niños. Si constara en los registros que había muerto una hora antes de la información supondría muchos dires y diretes.

Por primera vez el sheikh tuvo una buena idea y dijo:

—El problema es sencillo... Escriban en los registros que nosotros les informamos ayer en la noche inmediatamente después de que ocurrió la muerte.

El inspector dijo:

—Si hacemos eso se demostrará que mentimos porque nuestra oficina no está abierta por la noche.

Entonces el sheikh dijo:

—Qué hacer. ¡Yo no puedo cambiar mi palabra!

El inspector dijo:

—Nosotros no podemos aceptar la proposición.

El asunto llegó al límite. Todos nos quedamos desconcertados. El inspector dio por terminado el asunto. Sha'ban necesitaba ser enterrado, el médico no llegaba y tampoco aparecía la autorización. Todo esto por causa de lo que había dicho el astuto muchacho.

Empezamos a pensar qué hacer. Luego de haber discutido largo rato nos pareció que no había otra alternativa que no fuera aceptar lo que el inspector quería. Pero el astuto muchacho estaba al acecho y volvió a meter sus narices y dijo que las palabras del inspector no lo alarmaban y que éste terminaría por aceptar nuestra propuesta y apoyarla sin necesidad de que cambiáramos ni una sola letra. Únicamente nos quedaba esperar un poco y ya veríamos el resultado.

¿Qué creen? Apenas había pasado un cuarto de hora cuando el inspector nos llamó. Al principio no podíamos creerlo. El inspector estaba haciendo precisamente lo que el muchacho había dicho: respondía a nuestra petición. Y dijo:

—Llamen al barbero para que examine al muerto y luego informen el resultado al médico. —Nadie entendía cómo había sucedido esto.

Todos nos alegramos de que el inspector hubiera aceptado nuestra propuesta sin cambiarla. Su respuesta nos dejó perplejos; pero no bien se había aceptado esta propuesta cuando nos encontramos con otra dificultad: el barbero de nuestra aldea había muerto dos años atrás y no podíamos sacarlo de su tumba para que examinara a Sha'ban. Nuevamente tuvimos que llamar al inspector y le preguntamos qué se podría hacer ante esta nueva dificultad.

En esta ocasión el inspector contestó rápido. Nos dijo que en la aldea de Sawafina había un barbero que todavía no había muerto y que podíamos ir a buscarlo. Suspiramos. ¡Bendito sea Dios al iluminar al inspector con una solución convenient-

te! Nos relajamos porque finalmente Sha'ban sería enterrado y nosotros regresaríamos a nuestras casas.

Pero, como se sabe, los campesinos son las criaturas más estúpidas de Dios. Por causa de su ignorancia el asunto volvió a entorpecerse. En lugar de ir a buscar al barbero a Sawafina, como recomendó el inspector, perdieron el tiempo discutiendo entre ellos; se preguntaban si el barbero aceptaría venir, si estaría en su aldea, quién iría a buscarlo, si se iría a pie o en burro y de quién sería el burro más rápido. Cada uno defendía una opinión distinta; cada uno prefería el burro del otro. Hablaron tanto que se confundieron, ocasión que aprovechó el astuto muchacho para decirnos que no teníamos que ir a ver al barbero. En medio de tanto alboroto, no podíamos escucharlo. Si no hubiera sido porque el astuto muchacho dijo que si llamábamos al barbero para terminar el problema tendríamos que pagarle dinero, no hubiera acabado la discusión. La palabra *dinero* volvió a intranquilizarnos. El muchacho nos había dicho que el inspector aceptaría nuestra propuesta y ya habíamos constatado que su palabra se cumplió. Por eso no había razón ni para desconfiar ni para mentirle. Por Dios, cómo vamos hacer venir al barbero y pagarle. El muchacho dijo:

—El barbero no tiene nada que ver en este asunto. No es responsabilidad suya y por eso les pedirá dinero para asistir.

Entonces dijimos:

—¿Cuál es el problema? El dinero que necesite lo tendrá, de cualquier forma será mucho menos que si hubiéramos tenido que pagarle al médico.

En ese momento el astuto muchacho dijo:

—El médico está obligado a asistir gratis. Él sí tiene responsabilidad en este asunto, para eso recibe un salario. El gobierno le asignó un coche para que se traslade de un lugar a otro. Aunque no quiera tendrá que venir, firmará la autorización y no se le pagará nada.

Primera vez que oíamos semejantes palabras. Siempre que el médico venía a revisar a un enfermo o a enterrar a un muerto, se le pagaba. En ocasiones rechazaba el dinero, sólo tomaba una parte para pagar la gasolina. ¿Acaso vendría y regresaría sin cobrar ni un centavo? Eso nunca lo habíamos escuchado, no nos cabía en la cabeza.

Pero los campesinos son las criaturas más ignorantes de Dios. Cuando se trata de un asunto de dinero, se les obstruye la mente, y con tal de no pagar están dispuestos a aceptar cualquier palabra. Por eso la gente se aferró a las palabras del muchacho como si hubieran caído del cielo. Se olvidaron de Sha'ban y de Sawafina, del barbero, y del inspector. No volvieron a pensar en otra cosa que no fuera esta nueva y sorprendente ocurrencia: hacer venir al médico para que certificara la muerte y que no se le pagara nada. Todos preguntaron al muchacho qué hacer.

El muchacho contestó que se trataba de un asunto muy fácil: sólo había que esperar un poco. Si el médico se demoraba nosotros iríamos a verlo a la oficina del inspector, y si se negara a venir, lo denunciaríamos ante el Ayuntamiento de la Ciudad.

En realidad es sorprendente cómo la gente acepta palabras necias e incluso las aplauden. Apenas había transcurrido un cuarto de hora sin que el médico llegara, cuando algunos campesinos ya estaban vestidos y listos para dirigirse al centro. Allí encontraron al médico. Formaron un gran alboroto, olvidando las buenas maneras. Junto con ellos iba un hombre muy estúpido llamado Abdul Sattar, que recordaba todo lo que había dicho el muchacho. Sin modestia lo repitió frente al médico y le dijo:

—Tienes que ir gratuitamente, pero quieres que se llame al barbero para que él nos cobre y luego comparta el dinero contigo.

El médico podía haber mandado a este bruto a la cárcel y enseñarle buenas maneras pero, por suerte para nosotros, era un hombre bueno. Esperó a que el estúpido y sus amigos se retiraran, insultándolos como se merecían.

De regreso se compadeció de ellos y mandó al enfermero a buscarlos. Aceptó asistir gratis, sólo tomaría una parte para la gasolina. Los estúpidos perdieron la oportunidad; sus rostros se ensombrecieron. Se ufanaron por las palabras del muchacho y pensaron que el médico les temería e insistieron en ir al Ayuntamiento.

El resultado fue que nadie los escuchó. El presidente del Ayuntamiento se negó a recibirlos. No encontraron a nadie que les prestara atención ni a quien pudieran hablarle. Pasadas



varias horas, regresaron al pueblo como se habían ido: sin el médico ni la autorización para enterrar a Sha'ban. Todo lo que habíamos logrado se perdió en un momento. Sólo logramos que el sol nos quemara la espalda.

Sabíamos que Dios es justo... en realidad nos estábamos engañando nosotros mismos al permitir que un muchacho de la escuela se burlara de nosotros.

Ya había transcurrido más de medio día y no quedaba tiempo que nos permitiera llegar a Sawafina y traer al barbero. Tampoco era posible dejar a Sha'ban como estaba hasta el día siguiente. Entonces nos pusimos a pensar qué haríamos.

Durante largo rato pensamos, discutimos, preguntamos a los que sabían y a los que no sabían, hasta que decidimos que la única solución posible era enterrar a Sha'ban sin autorización y designar a uno de nosotros responsable. Soportará cárcel por un mes, pero Dios lo recompensará. Él, que todo lo recompensa.

Pero el astuto muchacho insistía en entrometerse, como si no le bastaran las penas que hasta ahora nos había provocado. Apenas escuchó nuestra decisión, vociferó que si enterrábamos a Sha'ban sin autorización el médico podría pedir la exhumación y nos perjudicaría a todos. Si esperábamos un poco, veríamos con nuestros propios ojos que el médico vendría, firmaría la autorización, la sellaría y nos la entregaría antes de la puesta del sol.

Realmente nosotros no estábamos dispuestos, después de todo lo que había sucedido, a creerle, pero el muchacho, para nuestra sorpresa, insistió; de manera que nos puso a dudar y nos confundió al punto de que varios de nosotros pedimos aceptar la opinión del mentiroso hasta sus últimas consecuencias. Así que decidimos esperar al menos media hora.

—Pero qué están diciendo señores —exclamó el muchacho—, no me creen. —Sin embargo, antes de media hora el médico llegó.

Hasta ese momento nadie entendía qué le había hecho venir... Lo interesante era que las palabras del muchacho volvían a cumplirse.

El médico entró insultando a todo el que se encontró en su camino. En su rostro se observaba toda la ira de Dios. Se

acercó al muerto ofendiendo y blasfemando. Algunos hombres llegaron con una capa para cubrir el cuerpo de Sha'ban, y el médico los expulsó a golpes. Con enojo palpó el cadáver, con furia le dobló los brazos más de veinte veces. Escupió en el suelo y comenzó nuevamente a blasfemar.

Mientras tanto, afuera de la casa los campesinos estaban muy contentos. Por fin el médico había venido, firmaría la autorización sin cobrar. Éste era el primer pueblo en que se enterraba a alguien sin tener que pagar nada.

Pero no había terminado la alegría cuando salió el médico tras examinar el cadáver. Salió tan enojado como había entrado y le gritó al sheikh:

—¡Este hombre hace mucho que murió! No pueden enterrarlo.

Inmediatamente después se montó en su coche y se fue. Permanecimos en un profundo silencio hasta que caímos en la cuenta de que por tercera ocasión el astuto muchacho nos había engañado. Ahora sí se había perdido la oportunidad de enterrar ilegalmente a Sha'ban. Sólo Dios sabía qué sucedería después.

Quisimos golpear al muchacho, y de habernos dejado lo habríamos matado. Pero sólo el ojo de Dios lo pudo proteger. Antes de que le pusiéramos las manos encima, nos sorprendió ver al enfermero del médico que volvía hasta nosotros y gritaba con alegría:

—¡Albricia! Señores, ya se acabó el asunto.

Soltamos al muchacho y nos volvimos hacia el enfermero, que estaba sin aliento como si hubiera corrido toda su vida. Después de beber un vaso de agua y limpiarse la boca, nos dijo:

—He hablado con el médico, y sólo Dios sabe todo lo que tuve que luchar. Pero ahora todo está arreglado, gracias a Dios, y ahora su excelencia está de acuerdo en enterrarlo y me ha permitido bajar del coche para que les informara de su decisión.

Nos acercamos a él para agradecerle; varios de nuestro grupo se pusieron a bailar de alegría y los niños aplaudieron como si hubiera fiesta. Otros entraron a la casa para preparar al muerto. En medio de esta algarabía, se acercó al enfermero para hablar con el sheikh con voz clara:

—¿No creen que este asunto merece que le paguen la gasolina o por lo menos mi pasaje?

El sheikh nos miró y nosotros le devolvimos la mirada. Desde antes estábamos preparados para pagar algo, pero ahora, una vez acabada nuestra preocupación y el problema de certificar la defunción de Sha'ban, por qué deberíamos pagar. El enfermero se dio cuenta de que no obtenía respuesta y entendió que no valía la pena seguir esperando: se volvió por donde había venido, con el odio reflejado en el rostro. Mientras, nosotros respirábamos aliviados y felices de que todo hubiera concluido mejor de lo que nos habíamos esperado. Pero el astuto muchacho no había quemado su último cartucho. No bien se había marchado el enfermero, se puso a gritar y lo paró:

—Escucha, bodeguero. Dile al médico que no vamos a mover a Sha'ban antes de tener el certificado.

El enfermero se volteó hacia nosotros enfadado y estalló de ira:

—¿El certificado? ¡Juro por Dios que antes tendrán que poner a su muerto en vinagre para que no se les pudra!, y el médico no firmará nada sin que paguen por lo menos diez guineas. —Y se volvió por su camino maldiciendo—: ¡Que Dios proteja a este pueblo que carece de modestia, de conciencia y creencia! Una vez más, nuestras esperanzas se desvanecieron.

Cuando nos dimos cuenta de que no podríamos enterrar a Sha'ban, perdimos el juicio. Después de esto cuándo podríamos librarnos y descansar. Es vergonzoso descubrirse un juguete en manos de un muchacho pequeño que se burla de nosotros y echa a perder, poco a poco, todo lo que componemos.

Algunos intentaron golpearlo, pero los otros lo impidieron. Uno le gritó en la cara con los labios temblando de rabia:

—¡Alguien te mandó con nosotros, te será difícil dejarnos solos para resolver nuestros problemas!

El muchacho, enfadado como si tuviera razón, nos gritó:

—¡Bendito sea Dios!, ¿es así como me premian? Si no quieren entender son libres. Vayan y paguen como quieran. Pero les aseguro que el permiso llegará hoy mismo.

Luego nos dejó enfadado y se puso a jugar a la pelota con sus amigos. No lo creerán pero antes de media hora, como había asegurado el muchacho, llegó el permiso firmado, sella-

do y gratuito, igual que un permiso por el que hubiéramos pagado.

Y hasta este momento en nuestro pueblo nadie puede explicarse cómo sucedió esto. Incluso hay gente que dice que desde este suceso pueden ocurrir cosas inesperadas e incomprensibles, salvo para los muchachos que estudian en las escuelas.

Y pensarán que toda esta historia es mentira, pero por Dios que sucedió en nuestro pueblo. Y el permiso hasta hoy está en la oficina del alcalde, y la gente viene de pueblos cercanos a verlo. ❖